

# La era post panóptica en Samanta Schweblin

Julia Scodelari

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

j.scodelari96@gmail.com

## Resumen

En su novela *Kentukis* (2018), Samanta Schweblin nos coloca cara a cara frente a un mundo terrorífico. Esta sensación de desasosiego proviene de la mutación que a experimentado la estructura de poder que rige a la sociedad con el advenimiento del sistema neoliberal y la ausencia de toda presencia institucional como su principal característica: no hay ningún estado presente que asegure el intercambio de las libertades por seguridad. La causa de este cambio no es otra que la aparición de los kentukis, con ellos, ya no hay un ojo vigilante, no hay un panóptico, sino que todos son observadores y observados por igual. Así la vigilancia se convierte en un arma de doble filo: ¿puede el poder de la mirada, liberada de su función controladora, ser tomada y convertido en agente subversivo contra el sistema neoliberal que domina a los personajes de esta novela?

**Palabras clave:** Kentuki; mirada; panóptico; vigilancia; resistencia.

La vista, a lo largo de la historia, siempre ha sido un sentido privilegiado, que se encuentra por encima de los otros cuatro: “la importancia del olfato, tan relevante en los animales cuadrúpedos, se redujo, transformación nefasta que Freud conjeturó como la propia fundación de la civilización humana” (Jay 2007:13). Es así que la vista se considera como aquella que garantiza el acceso al conocimiento. Sin embargo, no se puede ignorar que este acceso al conocimiento no se da de forma transparente y sin sesgos. El mirar no es un acto neutro, desde el momento en que se constituye como el único de nuestros sentidos que somos capaces de controlar a voluntad. Si pensamos, entonces, en la vista como un acto político, se hace necesario destacar su papel central como herramienta principal de la vigilancia, lo cual la convierte en un elemento fundamental en la ecuación del ejercicio del poder. En una sociedad panóptica-disciplinaria como la que plantea Michel Foucault, por ejemplo, la vista sería máquina de vigilancia y por ende, máquina de control.

*Kentukis* (2018), de Samanta Schweblin, pone en cuestión lo que podríamos llamar el “triángulo ojo-vigilancia-control”, al mostrarnos una situación en la cual ser el ojo observador no equivale a ser quien tiene el poder. El mundo ha sido invadido por un nuevo producto de moda: juguetes robots del tamaño de un peluche pequeño que son controlados por un ser humano real que puede estar observando a través de los ojos del muñeco desde cualquier

parte del mundo. Es por esto que podemos decir que no hay, realmente, una mirada única que vigila y controla, ni una población que se sabe controlada y vigilada. En cambio, nos encontramos frente a la multitud de ojos, la amenaza invisible e impersonal. Se ha avanzado de un poder centralizado que disciplina los cuerpos mediante la vigilancia, hacia una sociedad hipermoderna, como la entiende Gerard Wacjman (2010), en la cual la mirada ya no proviene, ni está reservada a un ojo, sino que está presente en todos lados constantemente: todo el mundo es observador y observado simultáneamente. No hay tal cosa como un amo de la mirada, pues la mirada se presenta como algo disfuncional y no como algo que pueda ser usado para conseguir ningún tipo de objetivo. Quienes controlan Kentukis no tienen poder sobre sus amos en tanto sus amos no se sienten amenazados por la mirada del pobre juguete. Los personajes que se auto someten a la vigilancia no se sienten obligados a obedecer ningún tipo de ley, al estar siendo vistos constantemente, ya no tiene importancia: un padre vuelve a entregar a su hija a una red de trata frente a los ojos del kentuki que la liberó en primer lugar sin darle mayor importancia, un grupo de chicas, luego de dejarse ver las tetas, intentan confabular con un kentuki para chantajear a una compañera de clase. Ambos hechos ocurren a plena luz del día y bajo la mirada de un tercero, sin que esto influya en la menor medida las decisiones de los personajes.

Schweblin, entonces, nos posiciona frente a lo que podemos llamar una sociedad “post panóptica”, en la cual, la desaparición del panóptico genera algo así como una “difuminación del ejercicio del poder”. El ambiente opresivo que prima en toda la novela se debe, principalmente, a que los kentukis han aparecido, nadie sabe de dónde ni cuándo y han invadido los hogares de todos, causando cualquier tipo de situaciones aberrantes. No hay a la vista ninguna corporación maligna que persigue su propio beneficio mediante la venta de kentukis, ningún gobierno opresor que los utiliza para espiar y someter a su población. No hay un poder localizable: los protagonistas de la novela pierden su tiempo esperando regulaciones gubernamentales con respecto al uso de los kentukis que al final nunca llegan. Solo existen sus productos, múltiples, ubicuos. Así, parece imposible defenderse contra un enemigo intangible, prácticamente inexistente.

Podemos preguntarnos, entonces, ¿qué pasa en el momento en que las estructuras de poder se modifican? Si suponemos que la subjetivación es el resultado de las relaciones de poder que rodean y se ejercen sobre el cuerpo del individuo, que son, al mismo tiempo, ellas mismas las que lo convierten en *sujeto* y que es el poder el que, según Foucault, “lo marca con el sello de su propia individualidad, lo ata a su propia identidad” (1988:9), ¿qué clase de sujetos produciría un “post panóptico”? Frente al individuo masificado de la sociedad

disciplinaria, que vivía bajo formas de control que le imponían una “modelización”, ahora aparece un nuevo tipo, las nuevas formas de poder ya no promueven su “fijación”, sino que surge la idea de originar sujetos dinámicos, con la necesidad de adaptarse a los nuevos tiempos.

¿Y con la mirada qué ocurre? Tal vez podemos pensar que liberada de su función principal de ojo rector, vigilante, la vista gana nuevamente la posibilidad de vagar, de fijarse en otras cosas, de adoptar nuevos puntos de vista y de posicionarse a diferentes alturas.

La historia de Marvin, un niño que recientemente ha perdido a su madre y ha comprado una conexión kentuki, es decir, la posibilidad de controlar uno de estos robots desde su propia Tablet, con el dinero heredado, nos sirve para explorar ambas cuestiones: por un lado, la transformación en un sujeto fluido. Por el otro, la recuperación de la mirada para nuevos fines.

De entre todos los poseedores de una conexión kentuki, es Marvin quien realmente se ve modificado por su condición de *ser-kentuki*. Comienza, al igual que todos los demás, como un juego, una forma de relacionarse con sus amigos del colegio, de no quedar fuera de una moda que estaba invadiéndolo todo. Sin embargo, en algún momento que resulta imposible de precisar, Marvin se *convierte* en su kentuki. Ya no se trata de un pasatiempo o de una forma de escapar a la autoridad de su estricto padre. Su “vida real” comienza a convertirse cada vez más en un sueño, o tal vez en una pequeña y molesta responsabilidad a la que atender de vez en cuando, a la vez que la existencia que lleva como animal robot en el otro extremo del globo se le presenta como su verdadera vida. La conexión que el muchachito forma con lo que está ocurriendo del otro lado de la pantalla de su tablet es tan fuerte y real que se siente en el cuerpo; por ejemplo, Jasper –uno de los amigos que Marvin tiene solo en su forma robot– jamás ha visto su rostro humano, sin embargo, la comunicación no verbal se establece entre ellos sin mayores impedimentos: “Marvin sonrió, sacudió las piernas debajo del escritorio. Eso haría el viaje mucho más fácil. En la pantalla, Jasper le devolvió la sonrisa” (Schweblin 2018:156). Ese cuerpo robótico, que en cualquier situación normal podríamos llamar inexpresivo, se ha llenado de Marvin hasta el punto de haber sido capaz de transmitir una sonrisa. Así también, Marvin vive el momento en que el cuerpo mecánico del dragón-Marvin es destruido, como su propia muerte:

Cayó. Sintió el vacío bajo sus ruedas, el golpe contra el asfalto, el chillido de sus gomas y sus plásticos y sus chapas rodar a toda velocidad cuesta abajo. La voz de su padre gritó su nombre desde el otro lado de la puerta, y Marvin tuvo que hacer un esfuerzo para no largarse a llorar. Rodaba, seguía rodando hacia el lago [...] ¿Qué haría si su padre le preguntaba qué estaba pasando? ¿Cómo le explicaría que en realidad estaba golpeado, que estaba roto, y que seguía rodando,

sin ningún control, hacia abajo? Hizo un esfuerzo y logró respirar. ¿Podría su padre escucharlo caer? ¿Entendía que el ruido de la tablet eran sus propios golpes contra el ripio? (Schweblin 2018:194)

Por otro lado, cuando Marvin se conecta a su Tablet para encender su cuerpo dragón accedemos a un cambio de perspectiva casi total y seguir sus ojos nos entreabre la puerta a otra realidad. Una vez que la mirada del niño se encuentra a la altura del suelo, descubrimos que es posible vivir de otra manera:

Si se tenía la altura de un kentuki, se podía ver en el pueblo cosas que nadie más veía. El Club de Liberación estaba en todos lados: había pequeños grafitis en los cordones y al pie de las paredes de las casas. Flechas que te indicaban dónde había techo por si llovía, decenas de hogares dispuestos a ofrecer pequeñas reparaciones y bases de carga (Schweblin 2018:191).

La existencia del Club de Liberación, un espacio conformado por kentukis que han huido de sus amos y ahora deambulaban sin dueño, significa la posibilidad de verdadera libertad, independencia absoluta. Vivir como kentuki liberado equivale a existir por fuera de la sociedad, por fuera del sistema, e integrar una comunidad secreta solo conformada por quienes son capaces de ver lo que ocurre a treinta centímetros sobre el suelo. Y, desde su lugar de niño por un lado, y kentuki por el otro, Marvin es capaz de entender perfectamente lo qué significa vivir de esta forma:

Podía comer y dormir en Antigua atendiendo cada tanto su cuerpo, mientras en Noruega los días pasarían tranquilamente, cargándose de base en base, sin añorar ni un pedazo de chocolate, ni una manta para pasar la noche. No necesitar nada de eso para vivir tenía algo de superhéroe. (Schweblin 2018:158)

Este nuevo cuerpo, a pesar de ser vulnerable a todos los peligros que un juguete abandonado en la calle podría sufrir, no es precario en tanto no puede ser víctima de un sistema que aplasta y dociliza, porque no padece de frío, no necesita de alimentos. Podemos pensar que la posibilidad de convertirse uno mismo en kentuki “fluidiza” al sujeto, que puede devenir animal-robot cuantas veces quiera.

Así, en un sistema en el cual la noción de panóptico –la cual daba una estructura estable al ejercicio del poder–, ya no existe, la “difuminación del ejercicio del poder” genera una imposibilidad para saber qué clase de control se ejerce, desde dónde o cuáles son sus consecuencias, para sobrevivir los personajes se ven obligados a imitar la forma de este mundo: ellos también se vuelven difusos, invisibles y sin control. El ser que deviene no es lo que era antes, ni tampoco el resultado de su transformación, “un devenir no tiene otro sujeto que sí mismo” (Deleuze, Guattari 2002:244). Lo único real es el devenir mismo y no los

términos en los que se transformará quien deviene. Frente a amenazas prácticamente intangibles, invisibles, lo que Marvin hace es maximizar las posibilidades de esa parte invisible de su ser, es decir la conciencia (o alma). Y lo que lo hace especial frente a otro tipo de híbridos es el hecho de que su hibridez es imperceptible: es imposible saber quién está del otro lado del kentuki. Parece que nos encontramos frente a un nuevo tipo de *cyborg*: la conciencia humana en el cuerpo tecnológico del kentuki. En su nueva forma híbrida modificada, estos personajes se sustraen a sí mismos del sistema productivo y dejan entrever la posibilidad de un algo más, un afuera.

En contraposición al papel que juega Marvin en la novela, los adultos tienen visiones de los kentukis completamente diferentes. Grigor, por un lado, representa al adulto que es capaz de adaptarse a la nueva realidad, pero no para buscar líneas de fuga, sino para fluir con ella y sacar provecho. Monta su propio negocio de conexiones kentuki, en el cual la persona que desea convertirse en uno puede deshacerse del azar que rodea a la compra y adquirir una conexión ya sabiendo con qué se va a encontrar del otro lado. Grigor comprende el sistema y juega acorde, entiende las trampas y contrataca con las propias: “-¿Es que es algo ilegal, hijo? // «Ilegal» era una palabra que alarmaba a la generación de su padre, un término sobrevalorado que además ya sonaba anticuado” (Schweblin 2018:60). Sabe que cada conexión depende de una Tablet individual, sabe que si compra muchas tablets en el mismo comercio alguien comienza a sospechar y, por eso, dibuja un plan para hacerse con nuevos electrónicos de forma periódica sin levantar alertas. Sabe, además, cómo hacer el mínimo esfuerzo para mantener las conexiones a flote hasta conseguir un comprado.

Por otro lado está Alina, una mujer frustrada con su propia vida que adquiere un kentuki y rápidamente se desencanta de él. Ella es capaz de intuir cierta fuerza disruptiva en la existencia de los kentukis, siente en algún lugar irracional de su ser esos espacios que potencialmente podrían abrir, sin embargo, ella no *es* kentuki, a diferencia de Marvin, Alina no ve:

Y los kentukis... Eso era lo que más la enfurecía. ¿De qué se trataba esa estúpida idea de los kentukis? [...] ¿Por qué esta historia no se trataba de otra cosa? ¿Por qué nadie confabulaba con los kentukis tramas realmente brutales? ¿Por qué nadie metía un kentuki cargado de explosivos en una desbordada estación central y hacía volar todo en pedazos? ¿Por qué ningún usuario de kentuki chantajeaba a un operador aéreo y lo obligaba a inmolar cinco aviones en Frankfurt a cambio de la vida de su hija? [...] ¿Por qué las historias eran tan pequeñas, tan minuciosamente íntimas, mezquinas y previsibles? Tan desesperadamente humanas. Ni siquiera el boicot del día de Muertos resultaría. [...] Todo se diluía. (Schweblin 2018:189)

El error de la mujer es subestimar las historias pequeñas, íntimas. Frente a la resistencia clásica -la forma del contraataque-, la sustracción, la disminución del yo a lo más mínimo, lo pequeño, lo imperceptible, lo inútil, parece presentarse como una mejor alternativa. Su error es, finalmente, no ser ella misma un kentuki, no hacerse ella misma pequeña para poder fijar su mirada en lo que está ocurriendo a treinta centímetros del suelo. A diferencia de ella, los ojos-kentuki de Marvin serán capaces de ver cosas que se le escapa al resto.

Finalmente, el narrador tampoco comprende o ve lo que Marvin sí. Al Club de la Libración lo presenta en un tono casi irónico, cosas de “jóvenes revolucionarios”. Hay un intento de ridiculizar la equiparación de un juguete robótico con un animal vivo:

Había otros, todos pequeños e improvisados, parecía algo que se hubiera inventado la semana anterior. A alguien se le había ocurrido que maltratar un kentuki era tan cruel como tener un perro atado el día entero bajo el sol, incluso más cruel si se consideraba que, del otro lado, había un ser humano, y algunos usuarios habían intentado fundar sus propios clubs y liberar kentukis que consideraban maltratados. (Schweblin 2018:129-130)

Todos los adultos de la historia parecen haberse puesto de acuerdo en que los kentukis son un negocio, un juguete divertido o una idea ridícula. Sin embargo, la experiencia de Marvin permanece, intenta demostrarnos por qué estas voces se equivocan, no es una idea descabellada el liberar a los kentukis, darles la posibilidad de encarnar una vida diferente, de habitar un lugar otro, un espacio propio que no se rija con las leyes del mundo conocido.

De alguna manera es este carácter marginal e insignificante lo que les otorga su poder especial, ya que son capaces de encarnar lo que Byung-Chul Han (2014) denomina un *acontecimiento*, es decir lo singular. Este, debido a su condición menor, es imprevisible y genera una ruptura que abre nuevos espacios y pone en juego un afuera que hace surgir al sujeto, arrancándolo de su sometimiento. La vida como kentuki existe desconectada de todas las necesidades que hacen vulnerable al cuerpo humano biológico y, de esta forma, fuera también de ese sistema. De esta forma, podría encarnar lo que Byung-Chul Han llama *praxis de la libertad*: el arte de la vida que adopta la forma de la des-psicologización, que vacía al sujeto, lo *desubjetiviza*. La separación del cuerpo y el alma como unidad, el habitar otro cuerpo con la propia conciencia, es decir, el hecho de poner en cuestión el estatuto mismo de qué es un sujeto, dejándolo libre para una forma de vida que aún no tiene nombre, pero que podríamos identificar con lo que Berardi denomina *psicodeflación*: “una revolución sin subjetividad, puramente implosiva, una revuelta de la pasividad, de la resignación. [...] De repente, ésta parece una consigna ultrasubversiva” (Berardi 2020:42). Es la auto sustracción del sistema de producción, el hacerse monstruoso, marginal, inútil a uno

mismo para quedar fuera, se trata de dejar de jugar bajo las reglas del opresor. Marvin, Jasper, o el resto del Club de la Liberación, parecen ser todos personajes que se han rendido con este mundo, porque este mundo ya es insalvable. En cambio, lo que plantean es la creación de comunidades paralelas, nuevas formas de conectar, de relacionarse y nuevas maneras de vivir.

### **Referencias bibliográficas**

- Berardi, Franco. 2020. “Crónica de la psicodelfación” en *Sopa de Wuban*. Editorial ASPO.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. 2002. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre Textos.
- Foucault, Michel. 1988. “El sujeto y el poder” en *Discurso, poder y subjetividad*. Buenos Aires: Ediciones el cielo por asalto.
- Han, Byung-Chul. 2014. *Psicopolítica*. Editorial digital turolero.
- Jay, Martin. 2007. *Ojos Abatidos. La denigración de la visión en el pensamiento francés del siglo XX*. Madrid: Ediciones Akal.
- Schweblin, Samanta. 2018. *Kentukis*. Buenos Aires: Penguin Random House.
- Wajcman, Gerard. 2010. *El ojo absoluto*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.